

Eder Sader, Paulo Sandroni
**Luchas obreras
y táctica burguesa
en Brasil**

1

INTRODUCCIÓN

El arquitecto de la transición política denominada “apertura”, el general Golbery do Couto e Silva, declaró recientemente que había un elemento que no estaba previsto en sus planes: la constitución del Partido de los Trabajadores (PT). Más allá de la existencia de ese partido, sin embargo, se encuentra la base social de la cual él nació, y que expresa un cambio cualitativo en la estructura y en la organización de las clases sociales en el país. Se trata del surgimiento de trabajadores de empresas industriales gigantescas y de un movimiento obrero con marcadas tendencias a la autonomía sindical y política.

Del fondo de las miserias de un “milagro económico” que le ha costado tan caro, resurge un movimiento obrero que había sido duramente golpeado y desarticulado a comienzos de la década pasada. Y lo más significativo es que resurge rompiendo los marcos populistas que habían caracterizado a su sumisión ideológica después de la segunda posguerra.

El impacto de este proceso es de tal magnitud que todavía dificulta la comprensión de su real significado, su verdadera dimensión y sus puntos vulnerables. Si, por una parte, el nuevo movimiento obrero altera las condiciones de la reorganización política deseada por el actual gobierno, por otra es necesario reconocer que la clase dominante no se encuentra paralizada: está modificando su táctica en el campo de las relaciones laborales e introduciendo formas de lucha más eficaces en los enfrentamientos con los trabajadores y especialmente con el proletariado industrial.

2

LA EVOLUCIÓN DE LA CLASE OBRERA

En el capitalismo, allá donde va el capitalista con su dinero y sus medios de producción, va su acompañante inseparable, el obrero con su fuerza de trabajo y su desgracia. Así, el intenso proceso de acumulación de capital observado en el Brasil después del golpe militar de 1964 y —particularmente después de 1968— tuvo como resultado inevitable el acelerado crecimiento del proletariado industrial y acentuadas alteraciones en su composición. En ese periodo, la estrella del desarrollo capitalista brasileño fue la industria automovilística y, estimuladas por ella, otras agrupaciones industriales crecieron significativamente, como fue el caso de la industria mecánica, la metalúrgica, la del caucho y la química entre otras. La participación de las llamadas industrias “dinámicas” (donde imperan los monopolios y oligopolios, el capital imperialista internacional, y donde las tasas de ganancia son generalmente superiores al promedio en el conjunto del sector) aumentó sensiblemente, tanto en lo que se refiere al número de obreros ocupados, como en lo relativo al valor de la producción y al valor agregado. Entre 1950 y 1974 las llamadas “industrias metalúrgicas” (mecánica, material eléctrico y de comunicaciones, metalúrgica y de material de transporte) aumentaron su participación en el total de obreros ocupados (personal ligado a la producción): el 12.1% en la primera fecha para el 34.0% en la segunda, mientras el número absoluto de obreros aumentó de 1 140 000 a 2 750 000. La participación de las “industrias metalúrgicas” también acusa un aumento semejante en lo que se refiere al valor de la producción y el valor agregado: en cuanto al valor de la producción, crece del 12.8% en la primera fecha al 35.3% en la segunda, y del 15.2% al 36.2% en lo relacionado al valor agregado. Evidentemente, el aumento relativo en la participación de estas agrupaciones en el total ocurrió en detrimento de otras, entre las cuales se destacan las llamadas industrias “tradicionales” (textiles, vestuario, alimentos y bebidas).

Los cambios en la composición del proletariado industrial brasileño fueron muy acentuados, como los datos presentados sugieren. Además, las empresas transnacionales —algunas con más de veinte mil trabajadores— introdujeron nuevos sistemas de trabajo y de control, influyendo sobre la demanda de obreros de mayor calificación y afectando la estructura salarial del conjunto de la industria. Como la mayor parte de las grandes empresas del sector metalúrgico son transnacionales, la experiencia en el enfrentamiento con el movimiento sindical —más fuerte y mejor organizado— de sus países de origen fue también, hasta cierto punto, trasladada a la realidad brasileña. No sería muy arriesgado decir, por tanto, que los cambios, introducidos por el desarrollo industrial de los últimos treinta años generaron un proletariado industrial de nuevo tipo, con nuevas experiencias, expectativas y actitudes, a la vez que la

burguesía industrial también sufrió alteraciones importantes en su actitud frente al movimiento obrero sindical, especialmente por su asociación con el gran capital internacional.

Sin embargo, durante ese periodo de extraordinario crecimiento y transformaciones en el proletariado industrial, “mucha agua pasó por debajo del puente” en el ámbito de la política y de la economía. Desde la segunda mitad de los años cincuenta hasta el golpe militar de 1964, los trabajadores asalariados aumentaron su importancia en el escenario político, lo que, sumado a la intensificación del proceso de acumulación del capital durante los gobiernos de Juscelino Kubitschek (1956-1960), Janio Quadros (1961) y Joao Goulart (1961-1964), permitió a los trabajadores mejores salarios y mejores condiciones de vida y de trabajo; y en el plano sindical y político, mejores condiciones de lucha y de libertades democráticas.

Después de 1964, cuando el proletariado sufre una derrota frente al capital y el peso de la recuperación económica es lanzado sobre sus hombros, las conquistas obtenidas en el periodo anterior son poco a poco eliminadas. Esto se refleja, en el plano económico, en la reducción de los salarios y peores condiciones de vida y de trabajo, y, en el plano político, en la utilización de la represión contra el movimiento obrero y la desarticulación de la fuerza y organización sindicales acumuladas en los años anteriores.

3

SALDO DE UNA ÉPOCA DIFÍCIL

La ofensiva reaccionaria que acompañó al Acta Institucional no. 5 (13 de diciembre de 1968) significó la culminación del golpe militar de 1964, en el sentido de la conformación de un orden político adecuado al proceso de acumulación capitalista y libre de trabas de movimientos reivindicativos del proletariado. Desde el punto de vista de las relaciones entre patrones y trabajadores, lo que ocurrió fue un reforzamiento del “despotismo patronal” en el interior de las empresas y la supresión de las actividades sindicales de los trabajadores.

Desprovistos de los medios de organización más elementales y sometidos a una explotación mucho más acentuada, ¿cómo reaccionaron los obreros?

La masa de trabajadores —particularmente los no calificados, los más indefensos— buscó compensar

la caída de su nivel de ingresos por caminos individuales y dolorosos: aumento en horas extras, incorporación más acentuada de la mujer y de los niños a la fuerza de trabajo para complementar el presupuesto familiar, aumento de la intensidad del trabajo para agradar a los jefes, “extensión” de la jornada de trabajo asistiendo a cursos nocturnos de especialización para intentar librarse de los puestos de trabajo más desvalorizados.¹

En relación a los obreros más calificados —mecánicos, electricistas, fresadores, torneros, etcétera— parece haber ocurrido una mejora salarial, especialmente entre 1969 y 1973. Sin embargo, ese periodo fue el de menor resistencia sindical. El periódico *Voz Operaria* había registrado solamente una huelga en la región del Gran São Paulo en 1971, once en 1972 y treintaiuna en 1973. Además, se trataba de huelgas parciales, generalmente en secciones de fábricas, de muy corta duración (a veces durante algunas horas solamente) e impotentes frente a la represión policiaca. Los obreros más conscientes y combativos tuvieron que enfrentar, además de esa amenaza externa, una situación interna muy desfavorable, alimentada por el espíritu de competencia que la propia opresión capitalista generaba en el seno de la clase obrera.

Éstas son las condiciones, sin embargo, en las cuales se va conformando un nuevo liderazgo en el interior de las fábricas.

En 1972, las oposiciones sindicales de corte clasista se presentan en las elecciones sindicales de los metalúrgicos de São Paulo y de Río de Janeiro. Ya entre 1974 y 1977, se desarrolla una gran variedad de “pequeñas luchas difíciles”, de acuerdo con la caracterización de algunos militantes sindicales del ABC paulista.² Las formas de lucha más comunes durante ese periodo fueron: operaciones tortuga (reducción de la intensidad del trabajo), pequeños paros durante la jornada, rechazo de horas extras, manifiestos por mejoras en la alimentación (en los cafés de las fábricas), en los transportes, en los

1 En 1972, una investigación oficial publicada por la Fundación IBGE concluía que el 43% de la población económicamente activa recibía “hasta un salario mínimo”. La reducción del salario mínimo real entre 1961 y 1973 fue calculada en 55% por Eduardo Matarazzo Suplicy en un artículo publicado en la *Revista de Administração de Empresas* (São Paulo sept.-oct. de 1974). Por otra parte, el Departamento Intersindical de Estadística de Estudios Socioeconómicos (DIE-ESE), estimó en 87 horas y 20 minutos mensuales lo necesario en 1965 para la adquisición de la ración mínima establecida por ley; en 1974 para la adquisición de la misma ración serían necesarias 157 horas y 59 minutos. Estos datos se pueden encontrar en el trabajo de Mattos, Teresa y Carvalho, Mariana, “Efeitos de super-exploração sobre a classe operaria”, *Brasil Socialista*, n. 3, julio de 19705. En el mismo texto, las autoras señalan el incremento del número de personas ocupadas por familia trabajadora de uno a dos entre 1958 y 1969 y el hecho de que la jornada “normal” de trabajo —con la necesidad para el trabajador de hacer horas extras para completar su salario— pasó a ser de once a doce horas de trabajo.

2 El ABC paulista está constituido por los municipios de Santo André, São Bernardo y São Caetano, todos ellos vecinos al municipio de São Paulo y conformando una continuidad urbana con el mismo.

baños, etcétera, e incluso huelgas “legales” por atrasos de pago. Por otro lado, durante ese periodo ocurren también, fuera del sector industrial, revueltas violentas y de corta duración, particularmente en las actividades donde los trabajadores son más explotados: los peones de la construcción civil y los obreros de obras públicas promueven violentas manifestaciones en sus locales de trabajo (con destrucción de instalaciones, depredaciones, etcétera), contra sus terribles condiciones de trabajo o por mejor alimentación, y contra el atraso de salarios.

Desde un punto de vista más general, el periodo que se inicia en 1974 se signa por el agotamiento del empuje de la expansión económica iniciada en 1968 y por las grietas que esto produce en el bloque dominante; por un nuevo gobierno que arriesga una “apertura política para restaurar la legitimación del régimen y por el crecimiento de una amplia oposición democrática al régimen militar.

La gran votación obtenida por el Movimiento Democrático Brasileiro (MDB, entonces el único partido de oposición permitido por el sistema) en las elecciones de noviembre de 1974 —tanto más significativa porque fue más amplia en los barrios proletarios— sirvió entre otras cosas, para develar la dimensión del descontento social y mostrar a los trabajadores y a las comunidades de base que ellos no estaban solos. Era necesario tan sólo romper el aislamiento.

No se trataba evidentemente de una tarea sencilla, pues la represión policiaca directa sobre la clase obrera prosiguió por un tiempo considerable sin alteración, es decir, similar a la existente en los años anteriores. En enero y febrero de 1974, ocurren encarcelamientos en masa de miembros de la oposición sindical de los metalúrgicos de São Paulo. En ese mismo año, la empresa Volkswagen enfrenta un movimiento interno y hace encarcelar de golpe a doscientos de sus obreros.

La oportunidad para el paso de las pequeñas acciones localizadas a una acción de conjunto surgió con la campaña por la “reposición salarial”, en 1977. La divulgación de un “error” en el cálculo oficial de los índices de inflación de 1973 —que habría sido de 22.5% y no el de 14.9% de acuerdo con el cual se calcularon los reajustes salariales— permitió que los trabajadores más combativos abriesen una lucha por la devolución de lo que les era debido. En la región de São Bernardo, el sindicato de los metalúrgicos realiza una asamblea a la que asisten casi diez mil trabajadores. Aprovechando las grietas en la muralla del régimen militar, surgía un nuevo sindicalismo “auténtico”, es decir, sin ataduras con otros intereses que no fueran los de los trabajadores, en el cual Luis Ignacio da Silva (*Lula*) fue y hasta cierto punto sigue siendo la figura principal.

LAS HUELGAS ENTRE 1978-80

Las raíces del movimiento obrero que irrumpe a partir de 1978 deben ser buscadas, por un lado, en su propio desarrollo y maduración interna, consecuencia de las nuevas condiciones de trabajo impuestas por la industria moderna y de las luchas moleculares de resistencia a ellas; por otro, en el desarrollo general de la situación política, con la crisis del régimen militar.

Estos últimos tres años han sido el escenario de una operación delicada (para la burguesía) de reordenamiento político y, por tanto, de cambio en las relaciones de las clases. Para el movimiento obrero, significa una ampliación de las condiciones de acción, en la medida en que la burguesía busca sustituir los mecanismos anteriores de dominación sin aún haber forjado otros.

Entre los trabajadores, la experiencia de las luchas anteriores contribuyó al éxito de las huelgas de masas, a partir de mayo de 1978, en el ABC paulista. La generalización de la lucha es un factor que se contrapone a las divisiones y al aislamiento. Sin embargo, no lograría de un solo golpe eliminar el atraso, el conformismo, el apoliticismo y la inexperiencia acumulados durante tanto tiempo. El ritmo al que los conflictos se procesan, su forma organizativa y los momentos más decisivos (para los trabajadores) no coinciden necesariamente, no son simultáneos. Es basándose en esto que la burguesía busca neutralizar la fuerza y la potencialidad del nuevo movimiento obrero brasileño.

La irrupción masiva de huelgas obreras, en mayo de 1978,³ se vio beneficiada de alguna manera por las alteraciones en la coyuntura política, y a su vez acabó incidiendo fuertemente sobre esa misma coyuntura. Tomando a la burguesía por sorpresa, el movimiento huelguístico se extendió y se generalizó. Durante estas luchas, los trabajadores conquistaron en la práctica una mayor libertad sindical, una quiebra en la política salarial, el “derecho” de huelga, además de —aunque indirectamente— forzar al gobierno a ampliar mucho su proyecto de “apertura política”.

Pero la burguesía se recuperó de la sorpresa. Comenzó a adaptar sus métodos a la nueva realidad, consciente de que la contención del movimiento obrero constituye la pieza clave para el éxito de su

3 Ya existe una razonable bibliografía sobre el asunto. Consultar entre otros Frederico, Celso, *Avanguada Operaria*, ed. Símbolo, São Paulo, 1979; Rainho, Luis Flavio, *Os peoes de Grande ABC*, ed. Vozes, Petropolis, 1980; John Humphrey, “Operarios da industria automovilística no Brasil: novas tendencias no movimento trabalhista”, *Estudos Cebrap*, n. 23, São Paulo, 1979; consultar también las discusiones con líderes sindicales y miembros de las oposiciones sindicales en “Operarios toman a palabra”, *Cara a Cara*, n. 2, Campinas, 1978; “Liberdade sindical e Democracia”, y Moises J. Alvaro, “Problemas atuais do movimento operario no Brasil”, *Revista de Cultura Contemporanea*, São Paulo 1978.

proyecto de reorganización económica y política del país. En esa perspectiva, las nuevas relaciones entre capital y trabajo, que estarán en la base de un nuevo patrón de desarrollo, están siendo determinadas por los resultados de los enfrentamientos actuales, en los cuales las huelgas constituyen un elemento destacado. Veamos cómo estas relaciones evolucionaron en estos dos años y medio, en términos de volumen y extensión, así como de organización de las clases en conflicto.

Aunque, entre 1973 y 1977, el número de huelgas en todo el país haya sido relativamente pequeño — como señalamos anteriormente—, cuando, el día 12 de mayo de 1978, las máquinas paran en la empresa Scania —multinacional del sector automovilístico ubicada en São Bernardo— sus mil seiscientos obreros abren las puertas a una avalancha huelguista inédita en nuestra historia. Siguiendo la evolución del proceso, observamos que las huelgas comienzan en las grandes empresas y se proyectan hacia las medianas y pequeñas, parten de la iniciativa de los obreros calificados y se propagan hacia los demás, tienen su origen en el Gran São Paulo y se desdoblan hacia otras áreas. Observamos, además, que durante 1979 ocurre el auge de ese proceso y, durante 1980, no encontramos ni la misma extensión, ni idéntico volumen, ni tampoco los mismos resultados alcanzados el año pasado.

Cuadro 1

EVOLUCIÓN DEL NÚMERO DE HUELGUISTAS A NIVEL NACIONAL, ENTRE MAYO DE 1978 Y SEPTIEMBRE DE 1979, EN MILES.

	Mayo-Sept. 1978		Oct.1978-Ene. 1979		Feb.-Mayo 1979		Junio-Sept. 1979	
	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%
Total Nal.	200	100	400	100	800	100	1 000	100
Obreros	150	75	300	75	200	25	600	60
Estado de								
Sao Paulo	200	100	300	75	500	60	25	2.5
Metalúrgicos	150	75	300	75	200	25	300	30
Metalúrgicos								
del estado de								
São Paulo	150	75	300	75	180	22.5	3	0.3

Fuente: Laís Abramo, op. cit.

a] *Tamaño y extensión del movimiento huelguístico*

La evaluación del movimiento huelguístico encuentra una dificultad particular en la precariedad de los datos estadísticos sobre esta cuestión. La prolongada clandestinidad a la cual fue relegado el movimiento obrero se hizo acompañar de la inexistencia de estudios más precisos sobre su desarrollo. Las investigaciones actualmente en curso se ven obligadas a rehacer métodos, criterios, sin tener bases para comparaciones sólidas. Los datos que presentamos están tomados de un estudio del Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socio-Económicos, de São Paulo (DIEESE, *Balance Anual-Greves* 1979), publicado en septiembre de este año, y de un informe de investigación de Laís Abramo, generosamente cedido para la elaboración de nuestro trabajo. Las limitaciones de estos estudios son las siguientes: el estudio del DIEESE cubre sólo el año de 1979 y no permite comparaciones; además, toma como fuente únicamente las noticias de la prensa y, más serio aún, no presenta informaciones sobre el número de huelguistas-día, unidad de medida casi indispensable para una evaluación más confiable sobre el alcance de las huelgas. Con semejante preocupación debemos considerar las informaciones brindadas en el informe de investigación de Laís Abramo sobre las huelgas de 1978.

De acuerdo con el cuadro anterior, podemos observar una tendencia general de crecimiento del número de huelguistas durante el periodo. Observamos, también, un aumento en el número de obreros en huelga, aunque su participación en el total de huelguistas tienda a disminuir. Sin embargo, la participación de obreros sigue siendo decisiva, si relacionamos (como hace la autora de la investigación) los meses de auge de las huelgas con aquellos de auge de las huelgas de obreros. El Cuadro 1 muestra además una tendencia al desbordamiento de las huelgas más allá de los límites del estado de São Paulo y la participación decisiva de los metalúrgicos —especialmente los de São Paulo—, explicándose la significativa disminución en los últimos cuatro meses registrados por el hecho de que la discusión del contrato colectivo de los metalúrgicos de São Paulo ocurre en octubre, cuando aconteció otra huelga en esa categoría.

De acuerdo con la publicación citada del DIEESE, durante 1979 ocurrieron 430 huelgas, de las cuales un 43% correspondió al sector industrial, como se observa en el cuadro 2.

Cuadro 2

HUELGAS POR SECTOR ECONÓMICO EN 1979

Industria	183
Transportes	94
Educación	38
Salud	23
Empleados públicos	12
Agricultura	12
Otros	68

TOTAL 430

FUENTE: DIEESE, op. cit.

En el sector industrial, predominaron las huelgas en las empresas metalúrgicas, como puede ser evaluado por el cuadro 3.

Cuadro 3

HUELGAS EN LA INDUSTRIA DURANTE 1979. POR AGRUPACIÓN

	<i>Número de huelgas</i>		<i>Total</i>	<i>Participación</i>
	<i>por categoría</i>	<i>por empresa</i>		<i>en % el total de huelgas</i>
Metalúrgicos	30	61	91	50.0
Construcción civil y mobiliario	20	12	32	17.0
Industria extractiva	6	1	7	4.0
Alimentación	5	11	16	9.0
Vestuario	2	1	3	1.5
Textil	2	4	6	6.0
Cuero y plástico	1	3	4	1.5

Productos del				
Caucho	—	3	3	1.5
Industr. química y				
farmacéutica	—	14	14	8.0
Editoriales y				
gráficas	—	1	1	0.5
Vidrio y cristales	—	1	1	0.5
TOTAL	70	113	183	100.0

FUENTE: DIEESE, op. cit.

NOTA: Las huelgas por categoría significan que el movimiento abarcó la totalidad de los trabajadores del sector.

De acuerdo con el cuadro 3 la agrupación industrial metalúrgica participó con prácticamente la mitad de las huelgas desencadenadas durante el año pasado. Desde el punto de vista de la distribución geográfica, el estado de São Paulo concentró el 40% del total de huelgas y de huelguistas. Sin embargo, debemos tener en cuenta que la investigación del DIEESE operó con la categoría “número máximo de huelguistas” en cada mes contabilizando en cada huelga el número de trabajadores parados en el punto de mayor intensidad del movimiento. Es decir, estos datos no reflejan las huelgas en su trayectoria normal de expansión, auge y receso, sino sólo en sus momentos de auge. Por otra parte, los autores del estudio señalan que, en algunos casos, no disponían de datos y, por tanto, los números presentados en el cuadro 3 deben estar subestimados. En las huelgas que pasaron de un mes para el otro (aunque su duración no necesariamente fuera superior a treinta días), el número de huelguistas *fue computado dos veces*. De acuerdo con los criterios relacionados anteriormente, el estudio concluyó que, durante 1979, el número total de huelguistas alcanzó 3 241 500 trabajadores. En la industria de transformación, los huelguistas sumaron 679 mil, lo que representa un 27% del total de trabajadores del sector.

No disponemos, todavía, de unas estimaciones estadísticas de las huelgas desencadenadas en 1980. Efectuamos, sin embargo, un levantamiento preliminar, en base a las noticias de la prensa y, aunque varios movimientos de menor importancia estén seguramente ausentes, el número total de huelguistas hasta el 30 de septiembre habría sido aproximadamente de 780 mil.

Comparando los datos de 1980 con los de 1978 y 1979 tendríamos el cuadro 4.

Cuadro 4

EVOLUCIÓN GENERAL DEL NÚMERO DE HUELGUISTAS ENTRE 1978 y 1980.

1978	—	555 mil (de acuerdo con Laís Abramo)
1979	—	Dos millones 147 mil (de acuerdo con Laís Abramo) Tres millones 241 mil (de acuerdo con el DIEESE)
1980	—	780 mil (de acuerdo con nuestro cálculo hasta el 30 de septiembre)

Tomando periodos idénticos para los tres años tendríamos lo siguiente:

Enero a septiembre 1978	—	214 mil (Laís Abramo)
“ “ “ 1979	—	Un millón 680 mil (Laís Abramo)
“ “ “ 1980	—	780 mil (cálculo nuestro)

NOTA: El número de huelguistas de la investigación del DIEESE es el “número máximo” obtenido en una huelga, es decir, el número de huelguistas en su momento de auge.

A pesar de las reservas anteriores con respecto al tratamiento de estos datos, parece evidente que asistimos a un reflujo en el movimiento huelguista. Asimismo, tomando en cuenta las principales categorías movilizadas, observaremos diferencias importantes entre 1979 y 1980. Aunque en 1980 ocurren, hasta el momento en que escribimos, algunas huelgas de gran magnitud (25 mil trabajadores del puerto de Santos, más de 200 mil metalúrgicos del ABC y del interior de São Paulo, 7 mil obreros de las industrias de material plástico de Joinville, 12 mil trabajadores del café en el estado de Bahía, más de 40 mil trabajadores de la caña de azúcar en Pernambuco, 70 mil profesores del estado de Minas Gerais, 7 mil obreros de la empresa de juguetes “Estrela” en São Paulo), el reflujo del movimiento se evidencia si comparamos el número de huelguistas y las categorías de trabajadores en huelga con lo que ocurrió el año pasado. Además de que el número total de huelguistas es menor, categorías importantes (como la de empleados públicos, bancarios, choferes de autobús, peones de la construcción civil e, incluso, metalúrgicos de otras regiones más allá del ABC paulista) prácticamente resolvieron sus contratos colectivos sin apelar a huelgas o paros.

b) *Organización y resultados del movimiento de huelga*

Como ya señalamos, la ola de huelgas comenzó en mayo de 1978 entre los metalúrgicos del ABC de São Paulo. Fueron las huelgas denominadas de “brazos cruzados, máquinas paradas”, que consistían en lo siguiente: los obreros entraban en la fábrica, marcaban la tarjeta, iban a sus máquinas, pero no trabajaban. Era la forma de evitar la represión. Sin embargo, su éxito dependía de una gran disposición y decisión por parte de los trabajadores. Un delegado sindical de la primera fábrica que paró describió el movimiento en su empresa de la siguiente manera:

“[...] fue una decisión espontánea del personal del turno de día de la sección de herramientas. Los trabajadores del turno de noche estaban saliendo, cuando los del turno siguiente entraron, pero no pusieron en marcha las máquinas [...] Entre las siete y las ocho de la mañana, nos quedamos de brazos cruzados delante de las máquinas, sin hacer nada. A las ocho, llegó el gerente general; verificó que las tarjetas estaban marcadas, que había luz, pero que nadie estaba trabajando. Aquello le pareció extraño, pero no creyó que se tratara de un paro. Creo que él no entendió lo que estaba pasando, pues jamás podría imaginarse que ocurriría una huelga. Fue una sorpresa.”⁴

Otro rasgo característico de esos primeros momentos fue que los supervisores y jefes no sabían con quién negociar. La política exclusivamente represiva de los años anteriores ahora les imposibilitaba tener interlocutores. Llamaron finalmente a los sindicatos, pensando que sus dirigentes podrían aconsejar la vuelta al trabajo, para evitar una represalia del gobierno.

Durante esa primera fase, el papel de los sindicatos varió considerablemente de un caso a otro, pero de una manera general podemos decir que ellos *no dirigieron las huelgas*. Aunque éstas tuvieron un fuerte componente espontaneísta, su realización contó con la existencia de líderes locales, que se habían formado durante los “años difíciles”. Por otra parte, el sindicato de los metalúrgicos de São Bernardo había convocado varias asambleas, explicando que en 1978 sólo a través de la lucha los trabajadores obtendrían algo.

El gobierno y los empresarios revelaron un gran desconcierto, como reacción inicial. El presidente de la Anfavea,⁵ tres días después de comenzado el movimiento en la Scania, solicita a los tribunales la declaración de su ilegalidad. Esto ocurre el día siguiente, pero no es suficiente para impedir la extensión del movimiento hacia otras fábricas. Los empresarios ahora apelan al gobierno para que

4 Véase *A greve na voz dos trabalhadores*, colección Historia Inmediata, ed. Alfa-Omega, São Paulo, 1979, p. 7.

5 Es la poderosa Associação Nacional dos Fabricantes de Veículos Automotores.

envíe el aparato represivo. Sin embargo, esto sucede —inusitadamente— de manera moderada. En esas condiciones, los trabajadores obligan a los patrones a negociar y obtienen algunas mejoras económicas. La autoconfianza aumenta entre los trabajadores.

Durante el segundo semestre, una nueva oleada de huelgas viene de los metalúrgicos de São Paulo, Osasco y Guarulhos. En el municipio de São Paulo, el sindicato de los metalúrgicos se encontraba, desde 1964, en manos de un interventor “pelego” (charro), que había aumentado su influencia en la medida en que consolidaba a partir del sindicato una amplia y eficiente máquina asistencia (salud, recreación, etcétera) para los asociados. Pero, estimulados por las oposiciones sindicales y organizados a partir de algunas empresas importantes, los trabajadores deciden un paro. El movimiento, sin embargo, dura apenas tres días.

En 1979, la situación es distinta. En primer lugar, la generalización del movimiento huelguista se presenta como desafío al nuevo gobierno y obliga a éste a elaborar nuevos medios para combatirlo. Después de 53 días de gobierno del general Figueiredo, el Ministro del Trabajo ya contabilizaba 107 huelgas.

Al contrario de 1978, en 1979 el sindicato de los metalúrgicos del ABC de São Paulo asume abiertamente la conducción del movimiento huelguista. Frente a la disposición represiva de los empresarios, se abandona la táctica de los “brazos cruzados” dentro de la fábrica y se vuelve a los piquetes. Los sindicatos asumen su primera intervención. Entre los empresarios, dos fracciones difieren sobre cómo enfrentar la situación: por una parte, aquellos dispuestos a la negociación; por otra (donde destacaba el representante de la Volkswagen, la mayor empresa metalúrgica de la región), aquellos que buscaban ante todo quebrar la “arrogancia” del sindicato. Sin embargo, después de que las primeras negociaciones entraran en punto muerto, pues no se alcanzó ningún acuerdo, el ala “liberal” del empresariado pierde la iniciativa. Pero la cohesión entre los empresarios se mantiene, pues hay consenso en no pagar a los trabajadores los días que estuvieron parados. El gobierno, por su parte, estimulaba una cierta intransigencia patronal, ayudando financieramente a las empresas con dificultades económicas provocadas por la huelga.

La intervención en los sindicatos no amortigua al movimiento huelguístico y la huelga termina sin perdedores. Pero el gobierno ya anunciaba su disposición de imponer límites a las concesiones a los trabajadores, apoyar la resistencia patronal y efectuar una dura represión en contra de cualquier movimiento que amenazara ir más allá de una simple huelga.

Como ya señalamos, 1979 es el año de auge del movimiento huelguístico. A partir del “mal ejemplo”

de los trabajadores metalúrgicos de São Bernardo (o del “espíritu de São Bernardo”), la ola huelguista alcanza y “contamina” diversas otras categorías: maestros, bancarios, periodistas, peones de la construcción, trabajadores rurales, choferes, mineros del carbón, empleados públicos, basureros y médicos desencadenan movimientos reivindicativos sin haberlos preparado convenientemente, cuyo desenlace es generalmente la huelga. La mayoría de estos movimientos terminan derrotados. Sin conquistas materiales tangibles, con descuentos de los días en que permanecieron parados, sufriendo despidos masivos, especialmente periodistas, bancarios y maestros sufren el nuevo tipo de represión patronal, adecuado a la “apertura política”. También los metalúrgicos del municipio de São Paulo (no confundir con los del ABC), a pesar del amplio liderazgo de las oposiciones sindicales, no presentan un nivel organizativo suficiente para sostener un enfrentamiento más largo y duro con los empresarios.

En 1980 —hasta octubre— el enfrentamiento principal ocurrió entre los metalúrgicos del ABC de São Paulo, de un lado, y los empresarios con el apoyo y tutela del gobierno, del otro. En el seno del movimiento obrero el nivel de organización y combatividad es todavía superior al existente en 1979. A tal punto estaban conscientes y articulados los metalúrgicos de São Bernardo que, en la mayor parte de las empresas, la paralización ocurre *sin la existencia de piquetes*, es decir, las decisiones de asambleas multitudinarias son acatadas por prácticamente todos los trabajadores. Los huelguistas no necesitan dirigirse a las puertas de las fábricas para disuadir a aquellos que desearan trabajar, simplemente porque nadie se atrevió (durante los primeros días de huelga) a desafiar la decisión de la asamblea. Los fuertes contingentes de la policía allí ubicados para disolver los piquetes quedaron sin función y solitarios...

Además, la organización de “retaguardia”, constituida por los Comités de Solidaridad y por el Fondo de Huelga y formada con el apoyo de otras categorías de trabajadores, movimientos democráticos, partidos de oposición y particularmente la Iglesia Católica, se presentó de manera más avanzada y eficiente. Sin embargo, el apoyo directo de otras categorías de trabajadores, desencadenando huelgas simultáneas, no ocurre de la manera esperada: algunos movimientos comienzan entre metalúrgicos del interior del estado de São Paulo pero, algunos días después, incluso los metalúrgicos de Santo André y São Caetano terminan sus paros, dejando prácticamente solos a los metalúrgicos de São Bernardo.

Desde el otro lado de la muralla, lo que caracteriza las acciones de la burguesía es la intransigencia. Teniendo como objetivo político “derrotar a la República de São Bernardo” (la expresión es de la revista *Isto E*, 7 de mayo de 1980), el gobierno amplía su área de conflicto con la Iglesia Católica, que, de acuerdo a su interpretación, estaría incitando a los trabajadores a la huelga.

Después del fallo del Tribunal Regional del Trabajo, concediendo un aumento de salario⁶ basado en un índice de productividad de 7% —considerado muy elevado por los empresarios—, y como los trabajadores insatisfechos por el no atendimento de otras reivindicaciones deciden permanecer en huelga, el gobierno obtiene que se decrete la ilegalidad del movimiento y pone presos a los principales líderes sindicales; además, interviene y ocupa la sede del sindicato en São Bernardo.

Los metalúrgicos de São Bernardo se mantienen en huelga durante 41 días (algo inédito) desde que las grandes empresas automovilísticas se instalaron en aquel municipio, durante los años cincuenta sin doblegar al gobierno y a los empresarios. Estos últimos estaban dispuestos a dar una “paliza” a los metalúrgicos de São Bernardo,⁷ pues se trataba de golpear al sector de vanguardia de la clase obrera para sofocar e imponer límites a las pretensiones del resto del movimiento sindical. Efectivamente, los demás movimientos de huelga de este año, especialmente los más expresivos, como el de los trabajadores del café (estado de Bahía), de los profesores universitarios (a nivel nacional) y de los trabajadores rurales de la caña de azúcar en Pernambuco, no lograron ampliar las conquistas obtenidas en los movimientos anteriores.

Además, cuando presenciamos (octubre de 1980) las campañas salariales de los metalúrgicos del municipio de São Paulo, de Osasco y de Guarulhos (los dos últimos, municipios vecinos de São Paulo) y de Belo Horizonte (capital del estado de Minas Gerais), de Río de Janeiro y de Curitiba (capital del estado de Paraná), constatamos un nítido reflujo y no habrá de sorprender que (con la ayuda de la nueva política salarial, que examinaremos en seguida) las negociaciones con los empresarios se efectúen sin recurrir a la huelga y sin conquistas notables.

Seguramente, estamos asistiendo al final de un primer ciclo huelguista, después de iniciado el proceso de “apertura política” en el gobierno del general Geisel (1974-1978) y continuado durante el gobierno del general Figueiredo. Sin embargo, no podemos decir que esta primera ola del movimiento huelguista haya sido simplemente derrotada por la clase dominante. Lejos de eso, los obreros obtuvieron conquistas que jamás habían soñado los tecnócratas de Brasilia y, por otra parte,

⁶ Véase más adelante, en el parágrafo 5, los detalles de la nueva política salarial.

⁷ El apoyo que el gobierno brindó a las empresas en el sentido de resolver sus problemas económicos sorprendió al propio Lula, Respondiendo a una entrevista de la revista *Em Tempo*, n. 107, 3 a 18 de junio de 1980, Luis Ignacio da Silva señalaba: “Todo lo que sucedió estaba premeditado por ellos y previsto por nosotros. Nosotros sabíamos que a partir de São Bernardo el movimiento sindical brasileño seguiría despierto [...] Estaba claro que el gobierno no podría intervenir en los sindicatos sin encarcelarnos a nosotros. Lo que yo no esperaba era que el gobierno abriera las puertas del Banco Central y del Banco del Brasil para sostener las empresas hasta donde fuera necesario en su lucha contra los trabajadores [...] Además tengo informaciones de que el gobierno impidió que negociaran varias empresas que estaban dispuestas a hacerlo”.

aumentaron claramente sus niveles de conciencia y organización.

5

LAS NUEVAS ARMAS DE LA BURGUESÍA

El combate llevado a cabo por el gobierno y por los empresarios contra el movimiento huelguístico de los trabajadores, desencadenado a partir de 1978, combinó métodos tradicionales con nuevas armas, estas últimas más sofisticadas y por lo menos una de ellas de considerable eficacia.

El método tradicional consistió en la activación de los mecanismos represivos, desde las varias modalidades de terrorismo e intimidación, hasta la dispersión violenta de concentraciones obreras, la prisión de líderes sindicales y personalidades democráticas (especialmente las vinculadas a la Iglesia Católica) y el “cierre” de la ciudad de São Bernardo do Campo. La única diferencia fue que aquellos que fueron detenidos no sufrieron torturas o golpizas, prácticas hasta cierto punto “rutinarias” anteriormente en esas circunstancias. Pero el gobierno, con el apoyo de los empresarios, ya había puesto en acción, en noviembre de 1979, un mecanismo que actuó sobre el movimiento sindical y huelguístico quizás con mayor eficacia que la represión policiaca y militar: una nueva política salarial.

Como ya señalamos antes, el auge del movimiento huelguístico ocurrió en 1979 y los elevados índices inflacionarios tuvieron su influencia (aunque no actuaron solos) en la generalización de esos movimientos. El costo de vida aumentó más del 70% durante 1979, contra un poco menos del 40% en el año anterior. Estos dos procesos —el recrudecimiento del proceso inflacionario y la intensificación de las luchas sindicales— llevaron al gobierno a cambiar su política salarial, en el sentido de adaptarla a las nuevas condiciones políticas, económicas y sociales del país.

La política salarial anterior, puesta en práctica a partir de 1964, estaba basada fundamentalmente en el principio de que los salarios no debían ser reajustados de acuerdo con el ritmo de crecimiento de la inflación, sino por debajo de este índice. El mensaje de los ministros de Hacienda, Trabajo y Planificación justificando la política salarial, en julio de 1965, manifestaba la siguiente convicción:

Demostrado por la experiencia que los intentos de reconstitución del salario real a través de reajustes efectuados a través de la simple aplicación de los índices de aumento del costo de vida son

incompatibles con una política anti-inflacionaria, se hace necesario extender al sector privado de la economía las normas fundamentales de disciplina salarial ya adoptadas en el sector público.

La política salarial basada en estos criterios tuvo como consecuencia, durante los casi quince años de su vigencia, una reducción de los salarios más bajos y un crecimiento muy pequeño de los demás salarios pagados en la economía, aunque existieron algunas excepciones.

Pero las nuevas circunstancias en el plano político y económico, a partir de 1978, obligaron al gobierno a cambiar la política salarial vigente desde 1965, de tal forma que:

1. Los reajustes salariales serían semestrales (anteriormente, no podían concederse en plazos inferiores a doce meses, y los empresarios que adoptasen reajustes en periodos inferiores no podían trasladarlos a sus costos) y su magnitud dependería del aumento del INPC —índice nacional de precios al consumidor— de la siguiente manera:
 - a] Hasta tres salarios mínimos, el reajuste sería superior en un 10% al incremento del INPC;
 - b] de tres a diez salarios mínimos, el reajuste sería equivalente al incremento del INPC, y
 - c] los salarios superiores a diez salarios mínimos serían reajustados con 80% del incremento del INPC
2. Además de lo anterior, anualmente los salarios se aumentarían de acuerdo con la variación de los índices de productividad de cada sector y actividad ocurrida en los últimos doce meses.

Las dos disposiciones anteriores implican que si, por ejemplo, el índice de productividad para una categoría, en término medio, equivale a un 7%, los trabajadores de la base de la pirámide salarial, es decir, aquellos que reciben hasta tres salarios mínimos, tendrían un reajuste global (reajuste más el aumento por productividad) *superior* en por lo menos un 17% al crecimiento de la inflación medida por la variación del INPC. Sin embargo, como en la nueva ley salarial no estaba explícito lo que se debía entender por incremento de la productividad y mucho menos se brindaban formas para calcularla, ese punto se transformó en uno de los más confusos y reñidos en los enfrentamientos.

Con todo, en términos generales, los conflictos tendieron a disminuir debido a la nueva política, pues, con ella, los *márgenes de discrepancia entre lo que exigían unos y ofrecían otros* tendían a reducir considerablemente. Por ejemplo, si, antes de la implantación de los reajustes semestrales, los trabajadores, enfrentando una inflación descontrolada, exigían un reajuste de 80% y los empresarios

respondían ofreciendo un 25% (apoyados en la legislación vigente), la diferencia de 55 puntos porcentuales animaba a los trabajadores a desencadenar una huelga, aun arriesgando perder el salario de los días en que estuviesen parados, tener las vacaciones recortadas, o incluso perder el empleo, pues la diferencia era sustancial. De acuerdo con la nueva legislación, sin embargo, la lucha se reduce a la fijación del índice de productividad (lo que solamente ocurre cada doce meses), pues ahora el reajuste es automático, en periodos más cortos que lo permitido por la legislación anterior y también en mayor proporción.

En lo que respecta a los aumentos por productividad, la diferencia entre lo que piden los trabajadores y lo que ofrecen los empresarios solamente en casos excepcionales sobrepasa diez puntos porcentuales. La disposición de arriesgar una huelga por una diferencia tan pequeña no es mucha, lo que parece haber incidido fuertemente sobre los movimientos huelguísticos de 1980. Por ejemplo, los metalúrgicos de São Bernardo reivindicaban un 15% de aumento y los empresarios llegaron a ofrecer un 4.5%, pero cuando el Tribunal Regional del Trabajo falló en 7% el aumento de productividad, los trabajadores lo aceptaron, y pasaron a hacer hincapié en otras reivindicaciones, tales como el reconocimiento del delegado sindical y la estabilidad mínima de doce meses. Fueron básicamente estas dos últimas reivindicaciones las que (entre otras, como la libertad de los detenidos, el no despido de huelguistas y el pago de los días de paro) alimentaron la huelga en su fase inicial. Es decir, fue necesario que las reivindicaciones dejasen el ámbito propiamente económico y se proyectasen al plano político para que el movimiento ganase nuevo impulso. En el plano estrictamente económico, ya se había llegado a un acuerdo; incluso, la propaganda millonaria que los empresarios hicieron para quebrar la resistencia de los trabajadores hacía especial énfasis en ello: a los trabajadores se les informaba de cuánto cada categoría pasaba a recibir con el reajuste más el 7% de aumento por productividad, y evidentemente de cuánto cada trabajador estaría perdiendo por día, por no ir a trabajar.⁸

Por otra parte, es cierto que, para el gobierno y también para los empresarios, el precio de esta política es relativamente elevado. Más precisamente, reduce el margen de maniobra en lo que se refiere

8 Técnicos del Ministerio del Trabajo llegaron a hacer el siguiente cálculo: un trabajador que recibiera cuatro salarios mínimos y obtuviera un reajuste de 40% más un 5% por productividad, pagaría a tener un salario de Cr. 23 200, es decir, los Cr. 16 000 que recibía anteriormente más un 45%. Si estuviera peleando por un aumento por productividad de 10%, estaría en verdad luchando por un adicional de 5%, o sea por una diferencia de Cr. 800 mensuales. O sea que estaría peleando por un total de Cr. 800 x 12 (meses), o Cr. 9 600 anuales. De acuerdo con los nuevos niveles de reajuste más la productividad de 5%, recibiría Cr. 733 por día, de tal forma que permaneciendo más de trece días en huelga (Cr. 9600 x Cr. 733) *aun obteniendo el 10% por aumento de productividad* estaría perdiendo, pues muy difícilmente los días parados serían pagados por el patrón (exceptuando los casos de huelga “legal”). Es decir, el plazo máximo de huelga para un trabajador metalúrgico mediano sería de dos semanas si las preocupaciones de los trabajadores fueran exclusivamente económicas.

al combate contra la inflación. Con ello, el peso de la política salarial de 1965 echaba sobre los hombros de los asalariados, en lo que respecta al combate contra la inflación, no se repite en la política de 1979. En realidad, como los empresarios pueden transferir los aumentos de costo debidos a los reajustes semestrales (lo mismo no ocurre con los aumentos por productividad), esto realimenta el proceso inflacionario o por lo menos impide —hasta cierto punto— que los salarios sean el punto final de la cadena de transferencias y prolonga la existencia de índices inflacionarios muy elevados, en la medida en que el margen de maniobra para interferir en las ganancias también es especialmente reducido.

Además de ese “defecto”, para el gobierno, la nueva política salarial contiene otro: la lucha por índices de productividad sigue siendo una bandera de lucha común para todos los trabajadores y ello es un elemento de cohesión indeseable, desde el punto de vista político. Esto, asociado a una preocupación económica por bloquear la cadena de traslados por parte de los empresarios, es decir por reducir el traslado a los precios que estos últimos hacían —automáticamente— de los reajustes semestrales de salarios de sus trabajadores, llevó al gobierno a proponer, antes que la nueva ley hubiese cumplido ocho meses, cambios en el sentido de perfeccionarla. Lo más curioso es que esta discusión, iniciada en junio de 1980, solamente ahora en octubre toma forma de un proyecto de ley, enviado por el Ejecutivo al Legislativo. Durante casi cuatro meses, el proyecto se discutió, y la considerable controversia en el interior del propio gobierno resultó en un proyecto que cambia muy poca cosa y corre el riesgo de ser atacado o incluso de no recibir el apoyo de buena parte de los parlamentarios del partido gobiernista, el PDS (Partido Democrático Social).

Las intenciones, sin embargo, son claras. En primer lugar, se trata de dividir a los trabajadores en el interior de cada empresa, de tal manera que solamente los salarios bajos y medianos se reajusten semestral y automáticamente, fijándose los demás de acuerdo a la libre negociación entre asalariados y empresarios. El problema consiste en determinar qué límite de salarios debería pasar esa línea. Inicialmente, el ministro de Planificación insistía en siete salarios mínimos, lo que provocaría una división importante, especialmente entre los metalúrgicos, pero en el proyecto enviado al Congreso este límite está fijado en veinte salarios mínimos, lo que no afecta en casi nada al sector industrial. El objetivo, sin embargo, es separar las luchas de cada fracción de trabajadores en el interior de cada empresa, difiriendo los periodos de negociación del contrato colectivo y la naturaleza de las reivindicaciones de cada una. Separados de los trabajadores de salarios más elevados, cuyo poder de regateo es generalmente mayor, los trabajadores de la base de la pirámide salarial no tendrían fuerza

suficiente para exigir índices de aumentos notables por productividad.

A su vez, los trabajadores de la cumbre de la pirámide de salarios, además de no poder contar con la participación directa de la mayor parte de los trabajadores de cada empresa, tendrían otra desventaja: la economía brasileña atraviesa un claro periodo de desaceleración y difícilmente, en los próximos años, repetirá el desempeño del comienzo de la década pasada, cuando las tasas de crecimiento superaron el 10% al año. En esas condiciones, la demanda industrial de fuerza de trabajo —aun tratándose de fuerza de trabajo calificada— se encuentra bastante retraída y, por ende, la negociación directa puede traducirse en reajustes inferiores a los que se obtendrían automáticamente, de acuerdo con la ley salarial de noviembre de 1979, más el incremento por productividad.

Una última acotación: como señalamos anteriormente, al establecer un límite de veinte salarios mínimos, los efectos de los cambios propuestos por el gobierno serán seguramente despreciable. Ahora bien, como los salarios superiores a veinte mínimos en las empresas corresponden a “gente de confianza” de los empresarios, es decir, a los vigilantes del capital (aunque asalariados), lo que los primeros ya no podrán hacer es entregar a sus hombres de confianza excelentes reajustes “por sus servicios” y trasladar estos costos a los precios de sus productos, pues, de acuerdo con el proyecto gubernamental, lo convenido en negociaciones directas fuera del tope de veinte mínimos no se puede trasladar a los precios de los productos.

La otra arma “nueva” que la clase dominante puso en acción consiste en desarmar a los sindicatos,⁹ creando en el interior de cada empresa estructuras paralelas de representación. La empresa Volkswagen tomó la iniciativa en esa materia, anunciando la creación de un “sistema de representación interna de trabajadores”, en lo que fue seguida por otras grandes empresas del sector automovilístico, tales como la Mercedes Benz y la Chrysler. Se trata de constituir un organismo para captar sugerencias y reclamaciones de los trabajadores, sin ningún poder de decisión o incluso de participación en ellas, aunque los representantes sean elegidos (después de llenar como candidatos ciertos requisitos restrictivos) por votación directa de los representados. Este nuevo sistema está recibiendo amplia cobertura propagandística y la imagen que los empresarios buscan “vender” es que el nuevo mecanismo será más eficiente que los sindicatos. El objetivo divisionista es tan flagrante, sin embargo, que en sus normas se establece el principio de que, entre los catorce representantes de los trabajadores (caso de la Volkswagen), siete deben ser obligatoriamente *no sindicalizados*. Además de fomentar el

⁹ Luego del final de la huelga de los metalúrgicos del ABC en el mes de mayo de 1980, el Ministro del Trabajo anunció la intención de desmembrar el sindicato de los metalúrgicos de São Bernardo. La reacción fue tan masiva en contra (incluso más allá del ámbito simplemente sindical) que resolvió por lo menos temporalmente archivar la idea.

divisionismo, se pretende también crear una correa de transmisión para anticipar el conocimiento de insatisfacciones entre los trabajadores que puedan conducir a conflictos de mayor importancia. Todavía es muy temprano para evaluar hasta qué punto esta nueva arma de los empresarios tiene eficiencia para dividir y/o neutralizar la influencia de los sindicatos más combativos. Entre los trabajadores, no hay consenso sobre qué actitud asumir frente a esta iniciativa de los patrones, si el boicot o la participación. Las primeras comisiones de representantes serán elegidas en la Volkswagen en diciembre de 1980.

6

CONCLUSIONES

De una manera general, podríamos decir que la experiencia de lucha de clases en Brasil, a partir de 1977, destacó los siguientes puntos:

- a] La rápida modificación en la estructura industrial brasileña en los últimos treinta años, y especialmente en los quince más recientes, significó un cambio en la estructura del proletariado industrial;
- b] Al contrario del comienzo de la década de los cincuenta, cuando las luchas obreras las dirigían los obreros de las industrias tradicionales (textiles, alimentos, editoriales y gráfica, bebidas, vestuario y calzado), actualmente son los obreros de las grandes empresas metalúrgicas (mecánica, automovilística, metalúrgica), controladas por las empresas transnacionales, los que dirigen el movimiento reivindicativo tanto en el plano económico como en el político;
- c] Después de un largo periodo de receso, el movimiento obrero y sindical renace con marcados rasgos de autonomía e independencia, tanto respecto a los aparatos estatales cuanto a los partidos de oposición y de izquierda tradicionales;
- d] Si bien de manera embrionaria, las luchas obreras vienen demostrando un grado de conciencia política estimulante y las reivindicaciones obreras de los sectores más avanzados ya incluyen elementos que rebasan el ámbito económico y comienzan a cuestionar la estructura de poder en el interior de las empresas y en la sociedad;
- e] Aunque el movimiento obrero y sindical haya tomado a la burguesía por “sorpresa” y obtenido

algunas conquistas importantes en el plano material y en lo que se refiere a un “espacio político” mayor, después de 1979 —cuando el movimiento alcanza un auge máximo— la tendencia es hacia el reflujo, lo que puede acentuarse con las nuevas armas que los empresarios y el gobierno vienen perfeccionando a partir de 1979, y también porque la economía brasileña parece estar entrando en un periodo recesivo en que la disminución de la demanda de fuerza de trabajo y la amenaza de desempleo deberán restar fuerza y disposición de lucha a la clase obrera.

f] El saldo del periodo, a pesar de las derrotas sufridas por algunos movimientos huelguísticos, debe ser considerado positivo, pues el proletariado, particularmente el industrial, rompió el aislamiento en que se encontraba, proyectó sus luchas hacia otros sectores de la sociedad, incrementó sus niveles de organización y conciencia, y consolidó un espacio político de libertades democráticas, indispensable para el inicio de nuevas luchas y combates.

Anexo

BRASIL: INDUSTRIA DE LA TRANSFORMACION. PARTICIPACION DE LAS AGRUPACIONES EN EL PROMEDIO MENSUAL DE OBREROS OCUPADOS, EN EL VALOR DE LA PRODUCCION y EN EL VALOR DE LA TRANSFORMACION INDUSTRIAL EN 1950 y 1960, POR CONJUNTOS DE AGRUPACIONES

	1950			1960		
	<i>Obreros ocupados</i>	<i>Val. Produc.</i>	<i>Val. T. Indus.</i>	<i>Obreros ocupados</i>	<i>Val. Produc.</i>	<i>Val. T. Indus.</i>
Industria de transformación	100	100	100	100	100	100
Mécanica, metalúrgica, mat. eléctrico y de comunicaciones y materiales de transporte	12.1	12.8	15.2	20.9	23.9	26.6
Papel y cartón, caucho, química, productos farmacéuticos, perfumes, jabones y velas y productos						

de materia plástica	8.2	12.4	13.8	9.5	8.4	19.2
---------------------	-----	------	------	-----	-----	------

Minerales no metálicos,
madera, mobiliario, cuero y
pieles, textil, vestuario y
calzado, productos
alimentarios, bebidas, tabaco
y editoriales y gráficas

	79.7	74.8	71.0	69.6	57.7	54.2
--	------	------	------	------	------	------

FUENTE: Censos industriales y anuario estadístico 1977, FIBGE.

NOTA: El promedio mensual de obreros ocupados solamente incluye los directamente ligados a la producción.

BRASIL: INDUSTRIA DE LA TRANSFORMACION. PARTICIPACION DE LAS AGRUPACIONES EN EL PROMEDIO MENSUAL DE OBREROS OCUPADOS, EN EL VALOR DE LA PRODUCCION y EN EL VALOR DE LA TRANSFORMACION INDUSTRIAL EN 1970 y 1974, POR CONJUNTOS DE AGRUPACIONES

	1950			1960		
	<i>Obreros ocupados</i>	<i>Val. Produc.</i>	<i>T. Indus.</i>	<i>Obreros ocupados</i>	<i>Val. Produc.</i>	<i>T. Indus.</i>
Industria de transformación	100	100	100	100	100	100

Mécanica, metalúrgica, mat.
eléctrico y de comunicaciones
y materiales de transporte

	28.1	31.0	31.8	24.0	35.3	36.2
--	------	------	------	------	------	------

Papel y cartón, caucho,
química, productos
farmacéuticos, perfumes,

jabones y velas y productos de materia plástica	10.8	19.9	21.1	11.0	23.9	22.7
--	------	------	------	------	------	------

Minerales no metálicos, madera, mobiliario, cuero y pieles, textil, vestuario y calzado, productos alimentarios, bebidas, tabaco y editoriales y gráficas	61.1	49.1	47.1	55.0	40.8	41.1
--	------	------	------	------	------	------

FUENTE: Censos industriales y anuario estadístico 1977, FIBGE.

NOTA: El promedio mensual de obreros ocupados solamente incluye los directamente ligados a la producción.